

CAFÉ BAJO SOMBRILLAS JUNTO AL SENA

Premio UNEAC de Cuento, 2009

Cuentos, Ediciones UNIÓN, Cuba, 2010

LOS TIKRITS

Sídorov, bestia. Le está poniendo mucha carga a la bomba. Tarda bastante porque las manos le tiemblan. Con el frío de la llanura helada las manos se ponen duras y los dedos duelen y la sangre queda inmóvil en sus lugares de las venas. Sídorov está haciendo las conexiones y tarda demasiado. Debe ser porque los dedos se le han puesto duros. Me hace una seña y sonrío, pero yo sé que las manos le duelen. Deben dolerle las cicatrices del cuello y el muñón de la pierna. Tiene desgarrones en la piel de la garganta, y marcas en la mandíbula también. Las fisuras alargadas no cicatrizaron mal en su momento y le dan a Sídorov ese aspecto terrible, esa figura de cazador despiadado dentro del amplio capuchón de cebellina que el viento frío de la llanura hace moverse sobre la frente, bajo el mentón y en los costados de la cara.

Sídorov camina con dificultad con la única pierna. Se apoya en las muletas de aluminio. Son muletas livianas que se hizo fabricar en Francia. Las hicieron en una clínica especial para gente de dinero. Sídorov tiene millones en un banco de París.

Yo tendré millones también cuando salgamos de aquí. Compraré un Mercedes y saldré por las noches a mirar los edificios y las muchachas junto a las tiendas encristaladas de la avenida Kalinin. No me iré nunca de Rusia ni seré como Sídorov. Tampoco seré como los muchachos del callejón Dniéperski. Esos volvieron enfermos y tullidos de la llanura helada y han quedado inútiles para siempre. Yo tendré la suerte que no tuvieron ellos. Compraré un Mercedes para mirar los edificios de la avenida, y una casa de

ladrillos junto al Moskova. Pasaré las tardes tomando coñac en copas de cristal y comiendo bocadillos de caviar negro junto a la ventana, y por las noches buscaré una muchacha en el Arbat y nos quedaremos mirando subir los catamaranes por el río hasta las luces amarillas del puerto.

A Sidorov le hicieron unas prótesis primero. Fue en las primeras semanas después del accidente, cuando llegó a Francia y puso los millones en el banco. Nadie ha sabido nunca cómo logró sobrevivir. Sidorov nunca ha hablado de eso, ni ha dicho la forma en que atravesó Siberia y llegó a Moscú con el cuerpo mutilado, con los desgarrones en el cuello y muchos litros de sangre de tikrit en los termos especiales que llevó consigo en esa expedición.

No me dijo nada de ese viaje a Siberia cuando tocó a mi puerta y se sentó a tomar un té caliente en la sala de mi casa. No me quiso decir cómo supo mi nombre ni quién le habló de mi intención de irme a cazar tikrits al campo helado de Yakutsk. Solo dijo que me podía ayudar.

—Te puedo servir de guía en la llanura —dijo, y yo me quedé mirando al hombre de una sola pierna y cabello abundante y liso, un poco canoso ya, que vestía ropas de millonario y se apoyaba en dos muletas de lujo.

Tomaba el té con una sonrisa eterna mientras se apartaba el pelo de la cara y hablaba de las rutas más seguras, de los contactos que tenía en los alrededores del río Lena y toda la maniobra necesaria para burlar los puntos de control en la frontera de Polonia. Hablaba con una seguridad total, y yo empecé a creer que el viaje a Siberia era posible. Cuando le pregunté sobre su vida en Francia dijo que no le gustaban las prótesis.

—Una prótesis es un miembro falso. Una prótesis, por muy buena que sea, solo sirve para que la gente te mire con lástima en la calle y quiera saberlo todo sobre ti y te pregunte cómo pasaron las cosas —dijo cuando preparábamos el viaje.

Ya habíamos hecho confianza y yo veía cercana la posibilidad de irme a cazar tikrits con éxito a las llanuras de Yakutsk. Estábamos en Moscú y Sidorov me explicaba los peligros de la expedición. De las dificultades y el frío hablaba con serenidad, como si hubiera estado hablando de tomarse un helado en el parque. Yo pensé que eran exageraciones de millonario.

Ahora he visto que no exageraba. Todo lo que Sidorov dijo en Moscú era verdad. Ya son veinte días caminando en el hielo. Arrastro la mochila entre la nieve recién caída y me fijo bien dónde

pongo los pies. Son veinte días de frío y carne seca. Veinte noches durmiendo en una capatienda incómoda. Trato de acomodar el cuerpo sobre la estera dura, alejo de los oídos el aullido del viento y cierro los ojos a la fuerza.

En la llanura helada la noche es tan oscura que solo se pueden ver los dientes de la persona. Las muletas de Sidorov brillan con la coloración opaca del aluminio. Devuelven la tonalidad rojiza de un cigarro encendido. Devuelven cualquier otra cosa. Un fulgor de libélula muerta, una fosforescencia en la nieve.

Sidorov vive hace tiempo en Francia. Se fue cuando tuvo dinero. Hizo su fortuna aquí, en las llanuras de Siberia, en un tiempo cuando era fácil cazar los tikrits blancos y vender la sangre en la frontera. Sidorov es viejo ya, pero da pasos largos en la tierra firme. La tierra es blanda en los jardines del castillo donde Sidorov vive. Es tierra firme y blanda donde crecen tulipanes y magnolias. Sidorov acostumbra dar sus vueltas en los jardines. Pero aquí la nieve cubre todo. Es la nieve espesa junto a las colinas de los montes Verjoyansk, el único lugar del mundo donde es posible cazar un tikrit blanco.

Sidorov da pasos cortos en la nieve. Levanta las muletas, las deja caer delante y va dejando un rastro extraño. Y yo voy detrás aunque sea más joven. Mi rastro es una estela de huecos profundos en la nieve blanda de Siberia. Llevo la mochila grande con la capatienda y la comida. La mochila pesa y yo me hundo. Hago fuerza con los brazos y las piernas y sigo a Sidorov.

El viento frío atraviesa el paño que llevo sobre la boca. El aire congelado me corta la respiración. No es el mismo aire de Moscú, ni la misma presión en los pulmones y los ojos, ni el mismo cosquilleo en la nariz. En Moscú el frío se siente menos y la mirada descansa sobre los edificios y la gente. En la llanura de Siberia no hay un sitio donde la mirada pueda descansar. Todo alrededor es luz viscosa. Un cielo pesado y gris empuja los ojos hacia adentro.

Sidorov me explica todo. La mejor forma de cazar un tikrit es usando dinamita. La explosión los vuelve locos. Los tikrits blancos salen de sus laberintos en el hielo cuando oyen la explosión. Se acuestan en la nieve y quedan mirando arriba con sus grandes ojos amarillos. Durante un rato quedan indefensos. Se dejan atrapar y es fácil desangrarlos. Se les da un corte bajo el cuello y la sangre cae en el colector.

La explosión es la mejor forma. Dice Sidorov que es la única. Otra gente se pondría a excavar los laberintos en la nieve sin resultado. Pasarían días y semanas abriendo huecos en el hielo sin

encontrar un solo pelo de tikrit. Pasarían meses y solo se cansarían por gusto. Los muchachos del callejón Dniéperski estuvieron todo un invierno buscando y no encontraron nada. Volvieron a Moscú con la piel colgando de los huesos y los ojos hundidos en la cara.

—No hay dios que saque a un tikrit de su cueva helada — dice Sidorov de pronto.

Y me cuenta que nadie lo ha podido hacer hasta ahora. Solo los campesinos pudieron cazar tikrits en los primeros tiempos, cuando era fácil poner trampas efectivas en los senderos del hielo. Después los tikrits aprendieron a eludir las trampas y ya nadie pudo cazarlos de esa forma.

Pero un hombre descubrió el secreto de las explosiones. Fue en la aldea Knyazhévskaya. Todo estaba empezando y nadie sabía mucho de los tikrits. El hombre murió en un campo de hielo cuando una bomba le estalló bajo los pies. Sidorov habla mucho de ese hombre. Todo el viaje en tren desde Moscú se lo pasó haciéndome el cuento. En el cochecama encendía sus cigarros y hablaba de ese hombre como si el tema hubiera sido inevitable. Bajamos del tren en Yakutsk y Sidorov seguía diciendo lo mismo.

Otro hombre tuvo mejor suerte y se hizo rico en poco tiempo. Sobrevivió en la llanura bajo los montes Verjoyansk y logró vender muchos litros de sangre en la frontera. Nadie sabe mucho de ese hombre, sin embargo. En Moscú muy poca gente lo conoce. Se cuenta que atravesó Siberia casi muerto. Los muchachos del callejón Dniéperski oyeron esa historia después de haber pasado meses en el hielo, cuando se reponían en las isbas de los pescadores de truchas del río Lena. Todavía hablan de eso, pero no saben que ese hombre fue Sidorov. Perdió la pierna y le quedaron las cicatrices en la cara, pero ganó millones con la sangre de los tikrits y se fue a Occidente como tantos otros. Sidorov me hace el cuento cuando estamos buscando los senderos que llevan a las cuevas subterráneas.

—Llegué a Francia, vi un castillo y lo compré. ¿Has visto los castillos en la revista *Západ*? ¿Te has fijado en los precios? Se puede comprar cualquier cosa si tienes el dinero. Y yo tengo millones en mi cuenta. Tuve suerte, y ahora vivo en mi castillo y subo todas las tardes a la torre. Me quedo mirando en dirección al Oriente, hacia las colinas del monte Verjoyansk, que fue donde hice mi fortuna.

Yo miro al Verjoyansk también. Las cimas de las colinas aparecen como cúpulas blancas sobre el campo. Aquí hay muy poco que mirar. La nieve alrededor. Las cimas blanquecinas de los

montes. Alguna mancha oscura en la llanura lisa. Más al norte empiezan los bosques de la tundra. Un poco más al norte, sobre Garójogorsk y los bosques de Projórniye. En el invierno avanzado se ven las filas de trineos que van hacia las colinas. Son cazadores de tikrits, como nosotros. Dice Sidorov que en otro tiempo se les veía subir por las laderas. Llegaban en el tren desde Moscú y alquilaban un trineo en los servicios de la base Chorni Medvezhónok. Recorrian todo ese tramo hasta los montes y subían a las colinas. De noche encendían sus hogueras bajo el cielo y se morían de hambre y frío durante cinco meses hasta volver con la piel colgando de los huesos y los ojos asustados y perdidos.

En realidad no hay que irse tan lejos para cazar un tikrit, pero eso nadie lo sabe. Sidorov es el único en todo el mundo que conoce el secreto. Basta pasar una noche en la llanura helada y detonar una carga de dinamita al atardecer. Los tikrits se van a sus retiros a esa hora y la explosión los sorprende en el camino bajo el hielo. Quedan atontados y salen a la superficie a mirar las nubes y la noche. Solo entonces se puede agarrar un tikrit sin peligro. Pero nadie sabe que todo eso puede ser tan fácil. Ya no quedarían tikrits en Siberia si la gente supiera. Llegaría una avalancha de buscadores de suerte con su carga de explosivos y en medio invierno se extinguirían los tikrits para siempre.

A Sidorov no le gustó la idea de alquilar un trineo. Insistió en seguir a pie. Todo ese camino a pie. Toda esa ruta entre la nieve fresca, bordeando las colinas y bajando hasta los bosques de abetos que sombrean una amplia zona junto al Lena. Dice que lo mejor de todo esto es ir a pie y dejar que los pulmones y las piernas se sientan libres. Con la única pierna da pasos cortos, pero firmes. Me obliga a caminar, a seguirlo, a no detenerme nunca más tiempo del necesario.

Sidorov sabe bien todo la historia de los tikrits. Fue de los primeros en subir a las colinas del Verjoyansk cuando se descubrió que había tikrits en las cimas heladas. Empezó a llegar desde Moscú una oleada de cazadores y Sidorov vino con ellos. Era muy joven todavía. Había terminado el instituto y alguien le dijo que la sangre de un tikrit se pagaba bien en Occidente. Dejó el puesto que le ofrecieron en Sújorovka y se tomó el tren rumbo a los montes.

—Ahí fue donde conocí a Vadim Maksimovich.

Le pregunto quién es Vadim Maksimovich. Sidorov empieza a contarme las cosas como si yo conociera los lugares y la gente. Conoció a Vadim Maksimovich en el tren de los cazadores. Iban

Sasha Mijlin, de Krivói Rog, y Artiom Petujov, de Smolensk, y un uzbeko de Samarcanda que se llamaba Ildar Tursumbiékov, o Iligdar Tursumbiékov, o algo parecido. Sidorov no se acuerda bien.

—También iban mujeres con nosotros —sonríe y le da una chupada larga al cigarro—. Valiuja Shishina, y Faya Makárova, y una bashkira jovencita que se llamaba Altina y estuvo con Artiomka Petujov en los primeros días, cuando bajamos del tren en Yakutsk y empezamos a caminar por la tierra helada. Éramos jóvenes y todo estaba bien. Quisimos alquilar los trineos que los servicios de la base Chorni Medvezhónok ofrecían a los excursionistas, pero Vadim Maksímovich dijo que no. El viejo diablo era un poco mayor. Nos obligó a caminar todo ese tramo entre la nieve, toda esa larga ruta hacia el norte con nevadas continuas. El viento golpeaba la nariz y los ojos y obligaba a respirar dentro del cuenco de la mano para que el aire frío no nos reventara los pulmones. Vadim Maksímovich decía que camináramos y no hiciéramos caso del frío. Lo exigía el viejo diablo. Casi puedo decir que Vadim Maksímovich nos obligó a caminar.

Sidorov cierra los ojos. Levanta la cabeza al cielo y se le ven las cicatrices en el cuello. Respira profundo con la cabeza en alto. Mueve la mandíbula y hace castañetear los dientes mientras el aire tibio se le escapa de la boca. Baja la cabeza, tira el cigarro con rabia y se queda mirando los últimos vestigios del humo que ascienden en una columna caprichosa. Se entretiene mirando la columna zigzagueante hasta que el humo se extingue.

—Pero no todo fue malo en ese viaje —dice de pronto—. Altina estuvo conmigo también. Es la única bashkira joven que ha estado conmigo.

Pero todavía no me dice claro quién fue Vadim Maksímovich y por qué lo menciona tanto. Parece recordar que me debe esa explicación. Deja que los ojos caminen sobre las colinas mientras busca la mejor forma de hacerme entender las cosas.

—En otro momento no te hubiera dicho nada. ¿Crees que te lo hubiera dicho? ¿Sabes cuánta gente ha estado preguntando todo este tiempo? Han pasado años desde que estuve cazando tikrits con ese grupo y nunca he revelado el secreto de las explosiones. Nunca he dicho una sola palabra de cómo pasaron las cosas. Pero el tiempo no pasa por gusto. El tiempo hace que uno se ablande —y Sidorov baja la cabeza y sonríe con amargura.

Escupe y vuelve a mirar las cimas de los montes. Vuelve a tener ese aspecto terrible de cazador despiadado. Los labios le tiemblan dentro del capuchón de cebellina.

—Vadim Maksímovich fue el jefe de aquella expedición. Era más viejo que nosotros. Mucho más viejo, en realidad. Era un hombre muy viejo y llevaba dinamita en el morral. En aquel tiempo era difícil conseguir la dinamita. Decía Vadim Maksímovich que nos podíamos hacer ricos si lográbamos una buena explosión. Era la mejor forma de cazar los tikrits. Conocía los senderos y la hora en que debían hacerse las operaciones. Hablaba como si de verdad supiera, y nosotros nos dejamos llevar.

Sídorov enciende otro cigarro. Se detiene y endereza el cuerpo sobre la única pierna. Señala un espacio bajo las colinas.

—Sí. Nos dejamos llevar por Vadim Maksímovich. Lo seguimos hasta la aldea Knyazhévskaya por el camino congelado que bordea el lago Siévernoye y sube junto a las colinas de Garójogorsk. Lejos, más allá de Zielínskaya, y más lejos aun, más allá de los bosques de abetos de Projórniye.

Empieza a relatar el viaje y se pone serio. Se ve triste cuando me cuenta lo que pasó, y yo lo dejo hablar solo. Gesticula y aprieta los puños en los momentos más fuertes. Maldice al viejo Vadim. Escupe sobre la nieve y la saliva caliente se hunde en un momento. Escupe de seguido y avienta las maldiciones al aire, pero se calma. Seguimos avanzando y Sídorov va callado. Va mirando lejos, siempre adelante, apurándose y maldiciendo a Vadim Maksímovich en cada paso.

Caminamos todo el día entre la nieve hasta que las colinas empiezan a acercarse. Las cúpulas nevadas de los montes parecen llegar al cielo. Sídorov levanta la muleta y señala un espacio blanquecino y liso en la distancia.

—Una laguna congelada. El mejor lugar para cazar un tikrit. La gente cree que es más fácil cazarlos en las colinas. No saben que las lagunas congeladas son el lugar preferido de los bichos. Siguen subiendo por las laderas en cada invierno y regresan con las manos vacías. Pero eso no pasará con nosotros porque sabemos qué hacer. ¿No es así? Vadim Maksímovich me enseñó sus secretos. El viejo diablo me dejó aprender algo del oficio. Lo de los explosivos y las mechas lo aprendí con él. Me dejaba hacer las cosas, sí. El viejo Vadim confiaba en mí. El diablo se lo lleve lejos. Hasta el final confió en mí.

Sídorov termina de hacer las conexiones y maldice otra vez. Se quita los guantes y se frota las manos. Con el frío que hace debe tener los dedos duros. Yo tengo los dedos duros también, pero no me quito los guantes. No me quitaría los guantes aunque Sídorov me lo pidiera. Solo si tuviera que cortar el cuello de un tikrit

blanco. Sidorov me ha dicho que los guantes molestan. Se corre el riesgo de hacer el corte muy grande y la sangre del tikrit se perdería sin remedio. Sidorov me ha explicado la manera de situar el colector metálico y almacenar la sangre en los termos especiales que trajimos de Moscú, cómo burlar las revisiones en los puntos de control y reconocer a los policías encubiertos en los pueblos de la frontera, en los hoteles y en las plazas donde se vende la sangre. Y me ha dicho cómo escoger al comprador y lograr un precio bueno.

Arrastramos la bomba hasta la laguna. Sidorov hace un hueco en el hielo y entierra el artefacto. Lo cubre todo con nieve espesa y deja afuera una mecha larga. Es una mecha casera torcida a mano con hilos de paracaídas.

—La hice yo mismo —dice Sidorov—. En mi castillo me entretengo haciendo estas cosas. El hilo de los paracaídas viejos es el mejor material. Vadim Maksimovich me enseñó.

Solo tenemos que esperar el atardecer y prender la mecha. Estamos tumbados en la entrada de la capatienda y la nieve cae alrededor. La nieve va cubriendo el montículo de la bomba. Es nieve pesada. Si está cayendo ahora la noche será fría. Ya son tantas noches frías en el desierto blanco. Hemos bordeado los pinares de Yakutsk y estamos en medio de la nada. Hemos andado a pie todo ese tramo desde la estación de trenes, apartándonos siempre de cualquier vestigio humano, buscando en la distancia el humo de las postas avanzadas del gobierno.

Pregunto cuántos tikrits se podrá cazar con la explosión. Cuánto darán en la frontera por la sangre. Cuántos días pasarán hasta salir de la llanura maldita y sentarnos a tomar un té caliente con bizcochos en la cafetería de la estación de Yakutsk. Pero Sidorov no puede responder tantas cosas.

La posta militar de Blizhniye Gori escuchará el estampido y se echará sobre nosotros. Tendremos que andar en la nieve un tiempo largo, borrar las huellas del camino y bordear los pinares en dirección contraria, bajando siempre hasta el río, y hacernos invisibles para los pescadores de truchas hasta llegar a las primeras casas. Allí podremos comer algo caliente y cambiarnos de ropa en la casa de huéspedes que Vasia Romanov hizo construir en la periferia, el único sitio seguro para la gente como nosotros.

Sidorov conoce la ruta y habla con seguridad. Me obliga a repetir el nombre de Vasia Romanov. Me explica lo que uno debe decir cuando toque a la puerta de la casa y el viejo Vasia asome la cabeza. Señala la dirección de los pinares y dice que en una

semana estaremos cómodos y calientes junto a la estufa de la estación, y después dormiremos en el cochecama del tren a Moscú.

—¿Lo recuerdas bien todo? ¿Recuerdas las palabras y las señas? El viejo Vasia es desconfiado. No te abrirá la puerta si no le dices las palabras necesarias.

Sobre la venta de la sangre y el dinero que nos darán por ella Sidorov no tiene mucho que decir. Ahora los precios ya son otros y los clientes están cansados de la sangre falsa que venden los estafadores. Sidorov me explica a quién ofrecer los termos especiales en la frontera de Polonia sin peligro de ser detectado por la policía y sin el riesgo de caer en las manos de traficantes inescrupulosos.

—Un tikrit solo da medio vaso de sangre. Pero medio vaso es suficiente. Con los precios de hoy se puede comprar un Mercedes. Llegas a la frontera por la tarde y esa misma noche tienes el dinero. Tienes que hacerlo todo como te lo he dicho.

Es cierto que se puede comprar un Mercedes con medio vaso. En la frontera de Polonia los clientes están esperando la sangre con el dinero en la mano. Los muchachos del callejón Dniéperski me lo explicaron todo. Habrían hecho las cosas como Sidorov las ha dicho, pero no pudieron cazar un solo tikrit. Hubo gente de Yakutsk y Omsk que hizo dinero y se fue del país. Se marcharon a América y a Francia con sus millones ganados en un mes de cacería. Muchos campesinos pobres pusieron sus trampas en la nieve y se hicieron ricos, pero eso fue en otro tiempo, antes que el gobierno sus postas avanzadas en los lindes de la tundra. Llegan camiones con reclutas armados y se hacen operativos cerca de Yakutsk, junto a las colinas, donde los cazadores como nosotros plantan sus campamentos de invierno.

Sidorov conoce las rutas más seguras. Se queda mirando el horizonte y descubre a tiempo el sonido y el humo de un camión con reclutas. En los días que pasamos en el hielo no tuvimos problemas. Pero se pone a recordar el pasado y maldice al viejo Vadim Maksimovich. Se ablanda y habla de Artiom y Sasha Mijlin con una inflexión especial en la voz. El tono triste y bajo de hablador cansado lo hace parecer más viejo, como si los años le cayeran de pronto y lo aplastaran contra el fondo blanco de la llanura.

—Habíamos calculado bien las ganancias. Sasha Mijlin quería comprar una tienda en el Arbat. Un edificio antiguo. Una mansión con columnas y jardín que se vendía en buen precio y funcionaba muy bien como centro de arte. A Sasha le gustaba el

tema de los cuadros y la pintura. Tenía encima las fotografías del lugar y pasaba la noche hablando de los planes y del futuro. El pobre Artiom, en cambio, solo quería el dinero para viajar. Quería conocer el mundo y tener mujeres en todas las ciudades conocidas. El uzbeko Iligdar también quería mujeres. Tantas mujeres como pudiera. Quería comprarse un Mercedes, como tú, y recorrer el Turquestán robando jovencitas de las aldeas. Sí. Estoy seguro que se llamaba Iligdar Tursumbiékov, y vivía en Samarcanda. Ahora me acuerdo bien.

Sídorov da un golpe con las muletas en el suelo y mira la mecha. La cuerda negra serpentea sobre el hielo. Hace un giro junto a la única pierna de Sídorov y continúa recta un poco más allá. Sídorov la recorre con los ojos, suspira y parece recordar.

—¿Me entenderías si te digo lo que me pasó esa última noche? Creo que no. Eres muy joven todavía —escupe y levanta la cabeza—. No entenderías nada. Aunque te lo diga una y mil veces, no lo entenderías. Nunca podrías entenderlo.

Hago un movimiento con los hombros y Sídorov comprende que no está hablando claro. Masculla unas palabras, se agacha junto a la cuerda, recoge el extremo suelto y lo sostiene entre los dedos. Comprueba la consistencia y el empaque de la pólvora.

—Las mujeres no aguantaron el viaje. Valiuja y Faya, putas —y Sídorov sonríe otra vez—. Solo Altina siguió con nosotros. Estuvo con Artiomka Petujov primero, y después de Zielínskaya estaba conmigo. Todo el viaje conmigo. Todo ese camino helado y esas noches del diablo en la nieve, tomando sorbos de té y masticando carne seca para no morirnos. Altina era la única mujer, ¿te figuras? ¿Puedes entender lo que significa una mujer sola junto a cinco hombres en un lugar donde solo había una capatienda agujereada por el viento? Pero Altina estuvo conmigo hasta el final, hasta que la bomba estuvo en su lugar y esperábamos el momento de la explosión.

Sídorov sigue revisando la mecha con los ojos y las manos. El horizonte empieza a ponerse oscuro. Allá, sobre las colinas de los montes Verjoyansk, el sol hace brillar la nieve. La llanura, en cambio, oscurece con rapidez. Los tikrits empiezan a moverse en sus laberintos. Sídorov mira el campo blanco y dice que ya los tikrits se están moviendo bajo tierra.

—Todos teníamos un plan —Sídorov vuelve a sonreír—. El viejo Vadim también quería algo costoso. Habíamos estado casi un mes en la nieve y no habíamos podido cazar nada. Ni un solo tikrit

apareció en todo un mes para sacarle la sangre. Ni un maldito tikrit blanco.

Sídorov me hace una seña de recoger la capatienda. Me ve zafar los cabos y enrollarlo todo. Se queda quieto mirando el bulto oscuro y habla un poco bajo.

—Pero tú nunca has estado en esa situación. Nunca has mirado a los ojos de los hombres y has descubierto que te matarían por un sueño. En un segundo te dejarían seco en el hielo, y tú lo sabes, y te quedas pensando en ese sueño propio, en ese castillo con su torre empinada que salió en la revista. Cierras los ojos y ves los jardines de magnolias y la tierra verde y cálida que rodea el castillo. Te ves caminando por allá, andando por las tardes, acariciando la espalda de una jovencita como Altina, sintiendo que está cerca y segura porque tienes dinero suficiente.

Vuelve a sonreír y se pasa la mano por el cuello. Respira fuerte y la cara se le cubre con el vapor que sale de la boca.

—No. No has estado nunca en esa situación. ¿Has pasado una noche con una bashkira de veinte años en un campo de hielo? Estoy seguro que no. No te imaginas lo que vale una mujer joven en un lugar donde el viento sopla fuerte y los huesos se parten con el frío y la sangre se queda quieta en su lugar porque no tiene más remedio. No sabes cómo es eso. No lo entenderías.

Sídorov saca el cuchillo. Prueba el filo y acaricia la mecha. Se detiene y mira la masa de la bomba. La nieve cubre todo, pero con la noche todo se torna negro. Sídorov parece negro también. Cuando habla le brillan los dientes.

—Yo me hice el bobo, claro. No di a entender que lo quería todo. No dije nada cuando estábamos agachados sobre el hueco y Vadim Maksimovich colocaba el fulminante y las cargas de explosivo. Vi mi oportunidad, y la aproveché. ¿Tú no hubieras hecho lo mismo? ¿No hubieras mandado al diablo a todos y te hubieras quedado con muchos litros de sangre para ti solo? Pues yo lo hice y ya no hay vuelta atrás. Ahora tengo mi castillo en Francia. Camino por los jardines y no me falta una mujer. Pero subo a la torre todas las tardes y me quedo mirando hacia el Oriente aunque no quiera, aunque me obligue a buscar otro punto en el horizonte, como si no hubiera en el mundo otro maldito lugar a donde voltear los ojos.

Ya oscurece en la llanura. Las cimas de los montes brillan con el último sol del día. Pronto será noche cerrada y no se verá otra cosa que los dientes de Sídorov y el fulgor pálido de sus

cigarros encendidos sobre las muletas de aluminio. Esta puede ser la última noche en el campo de hielo. Dentro de unas semanas tendré mi dinero en el bolsillo. La explosión alertará a las postas avanzadas de Blizhniye Gori, pero cuando los camiones aparezcan ya estaremos lejos.

Sídorov silba por lo bajo. Se quita el capuchón de cebellina y deja que el viento frío le revuelva el cabello. Respira, suelta al cielo un chorro de aire caliente y mira desvanecerse el vapor sobre nosotros. Baja la cabeza y corta la mitad de la mecha. Carraspea y silba otra vez cuando le hago ver que la cuerda ha quedado muy corta.

—Alcanzará —dice—. Ahora aléjate. Entiérrate en el hielo hasta que todo pase. Yo voy después, cuando la mecha esté prendida.

Me alejo y me acuesto en la nieve. Siento el ruido de los tikrits en sus laberintos complicados bajo tierra. Con medio vaso de su sangre bastará para comprarme un Mercedes. No seré nunca como los muchachos del callejón Dniéperski. No tendré esa mala suerte que tuvieron ellos, ni pasaré el resto de la vida pensando que las cosas pudieron ser de otra forma. Pienso en eso y levanto la cabeza. Me asomo sobre el parapeto tratando de ver a Sídorov. Pero no logro verlo. Solo alcanzo a ver el brillo de las muletas de aluminio, el cigarro encendido y el breve chisporroteo de la mecha.